

CAPITULO TERCERO.

PANTEISMO MISTICO.

HISTORIA.

Panteismo místico.—Erigenes.—Dinante.—Amaury.—Ruysbroek.—Zorzi.—Paracelso.—Weigel.—Keplero.—Fludd.—Boehme.—Van-helmos.—Silesio.—Pordage.—Raimundo Lulio.—Servet.—Otros místicos españoles.

Al dar principio á la esposicion de las doctrinas idealistas, conviene hacer una observacion muy importante. Vimos en nuestra primera parte la marcha paulatina y trabajosa que llevó el empirismo, pues ademas de no tener apenas partidarios en el origen del renacimiento, necesitó dos siglos para darse á conocer, y aun despues de llegar á su madurez, se le ha visto desaparecer como un meteoro, dejando sumidos en la mas profunda oscuridad, á los mismos que habian experimentado sus resplandores. Todo lo contrario sucedió con el idealismo. Desde el momento que los filósofos griegos importaron á Italia el estoicismo, el epicureismo, el platonismo y todos los sistemas de la antigüedad, una mayoría inmensa de los hombres entendidos, que se consagraron á estos estudios, se decidieron por el platonismo, con la tintura que habia recibido en Alejandria, que fué el que se dió á conocer en el renacimiento. ¿Y de dónde nació esta pre-

ferencia, que imprimió un carácter determinado de platonismo místico en los siglos XV y XVI? De las creencias religiosas que dominaban en Europa, del cristianismo, que siendo eminentemente espiritualista, se aliaba sin violencia á ese carácter místico, que predomina en el neo-platonismo.

Ya á fines del siglo nono habia llamado la atencion Juan Scot Erigenes natural de las Islas Británicas, con la publicacion de una obra titulada *De divisione naturæ*, en la que, concedor ya el autor de las obras de Plotin y de Proclo, desenvuelve, aunque con cierta cautela, las doctrinas neo-platónicas. Divide el mundo entero en cuatro naturalezas: naturaleza que no es creada y que crea; naturaleza que es creada y que crea; naturaleza que es creada y que no crea, y naturaleza que no es creada y que no crea. En la primera, que aplica á Dios, habla de él como pudiera hacerlo un filósofo alejandrino. Dios, dice, es inaccesible al espíritu del hombre, porque es superior á toda calificación. Todo lo que está determinado tiene un contrario: el bien tiene por contrario el mal, la esencia tiene la nada, y estas contrarias son paralelas la una á la otra. Si damos á Dios los atributos de la bondad, de la verdad, y le damos esencia, es preciso suponer co-eternas con Dios las contrarias de estos atributos el mal, el error, la nada, y semejante antagonismo es imposible. Asi pues, para encontrar á Dios, es preciso caminar mas arriba por cima de todo atributo, de toda diferencia, y no parar hasta la unidad absoluta, que no tiene nombre. La segunda naturaleza, que es creada y crea, son las ideas, los modelos, las formas en que están depositados los principios inmutables de las cosas, como si hubiera dicho, son las hipostasis, con lo que hubiera aparecido mas en claro su carácter alejandrino. Siguiendo Erígenes la costumbre de estos filósofos, de mezclar en sus teorías filosóficas las doctrinas religiosas, supone que el Padre creó estas causas primeras y las depositó en el Verbo; siguiendo despues toda la escala de la creacion hasta los últimos fenómenos, y asi como en el Verbo han sido conce-

hidas todas las causas, así en el hombre han sido concebidas todas las criaturas, porque el hombre es el salvador de los seres. Este sistema conduce directamente á la creacion por emanacion, pero Erígenen no quiere confesarlo, y antes bien terminantemente reconoce, que la creacion es obra de la voluntad divina; y al explicar la cuarta naturaleza, que tambien es Dios, como fin y término de todas las cosas, conserva la personalidad en el hombre, aun despues de haber vuelto al seno de la esencia divina. Erígenen tributa un respeto profundo á la razon, y despues de negar la eternidad de las penas, suponiendo ser un mal, y que el mal no puede ser eterno como Dios, por ser un accidente, se lanzó á interpretaciones algo atrevidas de los libros santos, lo que le granjeó anatemas de varios concilios, que hicieron olvidar su nombre, y con él su sistema filosófico.

Igual suerte sufrió David de Dinante (1140) en el siglo XII y principios del XIII, habiendo sido condenada al fuego en París una obra, que escribió con el nombre de *Quaternuli*. En ella reduce todos los objetos del universo á tres clases; cuerpos, almas é ideas, haciendo á Dios centro de estas últimas, pero al explicar la co-existencia de estos objetos, no puede concebir, como puedan ser distintos, pues de serlo, esto se verificaría en razon de sus diferencias, pero como estas diferencias introducirían en su naturaleza un elemento de composicion, y que de simples que debe suponérselas se harían complexas, no queda otro camino que considerarlas idénticas y reducidas á un solo principio, esto es, á la unidad absoluta, que es el vicio capital del panteísmo. Aun mas explícito fué su contemporáneo Amaury (1150), natural de Chartres, quien sostenía que «todo es uno, que todo es Dios y Dios es todo, y por consiguiente que la criatura y el criador eran una misma cosa, y que las ideas divinas eran á la vez creadas y creadoras de cuanto existe.» Igual anatema cayó sobre este filósofo, que le obligó á retirarse á un monasterio, para no volver á aparecer en la escena filosófica.

No fué así Juan Ruysbrœck (1293), místico del siglo XIV, natural de las cercanías de Bruselas, quien en su obra de *Speculum æternæ salutis* dice, que la esencia divina es una unidad simple, que no hay palabra que la espese ni imágen que la represente, y que para comprenderla, no basta la razón, sino que se necesita una iluminación sobrenatural; que uno en su esencia, Dios es triple en sus manifestaciones, el Padre es el principio, el Hijo es la sabiduría y el Espíritu Santo es el amor; que la creación es eterna; que las criaturas, aunque diferentes de Dios como existencias finitas, deben entrar en Dios, de donde han salido como su centro común, y en donde pierden su nombre y su diferencia; que las vías de perfección para el hombre son tres, la vida activa, la vida íntima y la vida contemplativa, en la cual está el alma por cima de la esperanza, por cima de la fé y de todas las virtudes, por cima de la gracia, y se deifica con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo, y aunque se esfuerza después Ruysbrœck en sostener, que no se hace uno en sustancia con Dios, está viéndose en todas sus explicaciones el sistema de las emanaciones, y por cuya causa este filósofo fué acusado por Gerson, de ser de la secta de los beghardos, y haber resucitado las doctrinas de Amaury.

Llega la época del renacimiento con estos precursores, y ya Francisco Zorzi (1460), franciscano, natural de Venecia, presenta un modelo fiel de la escuela alejandrina en su obra *Harmonia mundi totius*, en la que, si bien sin crítica y sin método, aparecen mezcladas las doctrinas neo-platónicas, neo-pitagóricas, rabinicas, cabalísticas, y cristianas, sin molestarse en ponerlas de acuerdo; habla con desprecio de la razón y de todos los procedimientos racionales, suponiendo, que el hombre tiene, para descubrir la verdad, un sentido interno ó espiritualista completamente distinto de la razón, y que el que llega á descubrirlas por este medio, se transforma de claridad en claridad en la imágen de aquel, que es el esplendor del Padre, porque la verdad no es mas

que la luz, de la que el Verbo divino es un foco eterno. La Iglesia prohibió esta obra, y en ello pagó un tributo á la religion y al buen sentido.

De mas crédito gozó Felipe Aurelio Paracelso (1493), médico suizo, propagador infatigable de la mágia y ciencias ocultas, creando un sistema, en el que reconoce la influencia de un poder sideral, que obra entre Dios y la naturaleza, suponiendo fuerzas inmatrimales capaces de dirigir los movimientos, y secundadas por agentes externos, cuya accion es lo que constituye la astrología judiciaria. Paracelso fué teósofo, pero no se precipitó en el panteismo, si bien, como todos los filósofos de aquel tiempo, hizo tambien una lastimosa confusion de las doctrinas de la Cábala con las creencias del cristianismo, matizándolas con sus propias concepciones, sin haber dejado otro recuerdo que el de ser un visionario olvidado enteramente en los siglos siguientes por la filosofía racionalista.

Tambien apareció original en sus concepciones místicas y panteistas Valentin Weigel (1533) natural de las cercanías de Dresde, quien empapado en las doctrinas alejandrinas, supone, que la ciencia tiene dos partes, una que tiene por objeto á Dios considerado en sí mismo, y otra tambien á Dios considerado en sus manifestaciones en la naturaleza. La primera es la teología y la segunda la astrología. Estas dos partes son inseparables, porque no pudiendo conocerse á Dios sino por sus obras, y no diciéndonos nada la naturaleza, hay precision de estudiar á Dios y á la naturaleza en nosotros mismos por medio de las ideas, como un acto interior, y mediante las sensaciones que provoca el mundo exterior, refundiéndose toda la ciencia del hombre á estudiarse á sí mismo, á conocer su conciencia en la que se reflejan la naturaleza y Dios. De aquí se deduce, que todas las cosas están en nosotros, como lo está Dios mismo, sin que á los ojos de este filósofo sea otra cosa esta union de Dios con el hombre, que el misterio de la Encarnacion. Por consiguiente, si lo que está en

la naturaleza está en el hombre, y lo que está en el hombre está en la naturaleza, pueden estudiarse los misterios que encierra el hombre en el mundo exterior, y de esta manera Weigel justifica la alquimia y la astrología judiciaria. Además, si el universo está en el interior del hombre, y el hombre por su union con Dios es la encarnacion con el mismo Dios, es claro, que la naturaleza, la humanidad y Dios es todo uno, es la esencia divina, lo que constituye un verdadero panteísmo. Pero mas, si el hombre indagando las cosas extrañas á su ser, no hace mas que estudiar su propio espíritu, centro de esas mismas cosas, Dios, creando al mundo, no ha hecho mas que crearse á sí mismo, y en este caso, la creacion es un acto necesario de su esencia divina y no un acto voluntario de su omnipotencia, y lo mismo la libertad de Dios como la libertad del hombre desaparecen de la escena, quedando todo reducido á un desenvolvimiento necesario de Dios. He aquí las consecuencias de un mal principio.

Mas religioso en el fondo, mas modesto en la expresion y mas entusiasta en sus aspiraciones, se presentó en aquella época Juan Keplero, (1571) precursor de los Descartes y Newtones, en su *Harmónica del mundo*. Uniendo á sus descubrimientos astronómicos una inspiracion religiosa, en que se estasia su elevada alma, solo vé en el mundo una armonía maravillosa en el orden de las ideas, del espíritu y de los cuerpos, ligado todo por mútuas é indisolubles relaciones. Dios es la armonía suprema, lo es el hombre, que creó á su imágen, lo es la tierra, en cuyo seno se encierra un fuego subterráneo, que anima y vivifica todas las producciones, que se dan á su superficie, lo son los astros, á quienes anima un alma, que produce el movimiento, y todos los fenómenos naturales en sus periódicas rotaciones, y lo es en fin el sol, centro de nuestro sistema planetario, que derrama, no solo la luz y el calor en la naturaleza, sino que es el foco de la razon pura; el origen de la armonía universal, y el asiento de una inteligencia perfecta que obra poderosamente sobre nuestra organiza-

cion y sobre nuestro destino. Es el simbolo de la divinidad, y la divinidad es la actividad por excelencia, la vida ereadora, la fecundidad, la bondad, la armonía y la benevolencia que se derrama por todas partes, y lejos de encerrarse en una ociosa contemplacion de sí misma, se reproduce y revela en el universo y en el corazon del hombre, para bendecirla y amarla, porque el alma humana es un destello de la esencia divina, libre y activa como ella, que asimila las cosas exteriores y sensibles, y las liga al órden invisible, que se encierra en nuestro ser, y aparecen despues en espectáculo en el órden visible. La percepcion sensible no es la que nos da á conocer la verdadera medida de las cosas, pero da ocasion á que se ilustre nuestra conciencia, y se vean en claro las verdades, que el Criador ha depositado primitivamente en nuestra inteligencia, y que son consustanciales y coeternas con la inteligencia divina. El mundo exterior contribuye á mantener en nosotros mismos esta armonía, á la que todo se liga, todo se enlaza, y todo en su conjunto presenta en su unidad inmensa el órden universal, cuyo centro es Dios. ¿No se ve en claro en este animismo universal, que guia la pluma de Keplero, rastros de sus lecturas en las obras de los filósofos alejandrinos, y de sus tendencias á las doctrinas que pululaban en el sigloXVI entre los filósofos innovadores?

Si Juan Keplero consignó sus opiniones en su *Harmónica del mundo*, Roberto Fludd (1574) natural de Ken en Inglaterra, lo hizo en su *Música del mundo*, (Monocordon Lyre symfonicum) pero si en el título pudieron parecerse, no así en el giro que dieron á sus ideas. Keplero se resintió del espíritu en que se escribia en aquella época, pero sentó las bases de la filosofia experimental y racionalista, mientras que Roberto Fludd fué un completo visionario, que hizo sus esfuerzos por convertir en verdadera filosofia los sueños de la Cábala y las estravagancias de la alquimia. Para este filósofo, Dios es el principio, fin y suma de todo lo que existe. Todos los séres y el universo entero han salido de su seno, se

han formado de su sustancia, y volverán á él el dia que los tiempos se hayan cumplido. La creacion es eterna, porque Dios no ha estado ni un instante sin crear. Considerado en sí Dios, es la unidad absoluta, donde están borradas todas las diferencias, el ser y el no ser, el bien y el mal, es el Dios oculto de la Cábala, es el Dios lógico de los neo-platónicos. Para que haya tenido lugar la creacion, ha sido necesario, que en el seno de esta unidad incomprendible se hayan separado la luz de las tinieblas, la voluntad de la inercia ó de la no-voluntad. Dios es la luz, las tinieblas son el vacío ó la materia sin recibir forma. De la combinacion de estas dos cosas han nacido todos los elementos, lo caliente y lo frio, lo húmedo, lo seco, el aire invisible, el agua, la tierra, la luz que combinada con el aire invisible produce el éter, principio de la organizacion y de la vida en toda la estension del universo, así como desprendida de toda combinacion es el pensamiento, es la inteligencia, es la voluntad en su esencia mas pura, es el alma del mundo, de donde salen, por via de emanacion, y á la que vuelven incesantemente, todas las almas particulares, siendo estas en su último término fracciones de esta luz, que es el ser infinito, y que segun están dotadas de mas ó menos cantidad son mas ó menos perfectas, lo que forma la escala inmensa que se observa en la creacion.

Con estos materiales Fludd, siguiendo á la Cábala, forma cuatro mundos; el mundo arquetípico, donde Dios se revela á sí mismo; el mundo angélico, poblado de puros espíritus; el mundo estrellado que tenemos á la vista, y el mundo subllunar que habitamos; y reducidos á tres, Dios, la naturaleza y el hombre, se entretiene en esplicarlos de una manera admirable. Separada la luz de las tinieblas, Dios se manifiesta de diez maneras, que son los diez serafines de la Cábala, que despues reduce á tres. Se manifiesta como unidad inefable, y es el Padre, se manifiesta como razon universal, es el Hijo, se manifiesta como pensamiento realizado, es el Espiritu Santo. El universo es una emanacion de

Dios, y se manifiesta como mundo empíreo, como mundo etéreo, como mundo elemental. Los ángeles para Fludd son una emanación divina, que todo lo anima y vivifica. Ellos son los que reúnen las nubes, que forman los vapores, que producen los meteoros, que hacen crecer las plantas, y que dirigen el curso de los astros. Lo mismo que las estrellas fijas, derraman sobre las regiones inferiores la leche celeste ó la luz sustancia de la vida, que emana del foco eterno, y que crea el sol colocado en el centro del universo, dá origen á los planetas, y difunde la existencia á todos los seres de la tierra. Una centella de luz de la especie mas grosera que es el azufre, es el alma del mineral, así como una partícula del éter es el alma de las plantas, como lo es de los animales en un grado mayor. Todas estas almas están sometidas á la influencia que reciben de los astros, y de cuya influencia depende su mayor perfeccion, y estrayendo así la vida de las profundidades de la esencia divina por una emanación universal hasta el último átomo de la materia, crea Fludd un panteísmo absoluto, y cree justificar los sueños de la alquimia y de la astrología judiciaria. ¿Y qué es para este filósofo el hombre? Un compendio de todas las partes del universo, porque su cabeza, asiento del alma intelectual, corresponde al mundo empíreo; su pecho, asiento del alma vital, corresponde al mundo etéreo; su vientre, asiento del alma sensitiva, corresponde al mundo elemental. En el primero habita la inteligencia, que lleva á la region de los espíritus; en el segundo la razon, que habita en la region de la humanidad; en el tercero la sensacion, que habita en la sangre, en la organizacion y en la vida, y sabiendo gobernar las influencias siderales, el hombre, segun Fludd, puede llegar á conquistar en este mundo la inmortalidad.

Lo singular es, que sostenga este filósofo, que su sistema fué revelado al primer hombre, á Moisés, á los primeros sábios del Antiguo Testamento, y que Jesucristo no hizo mas que ponerlo en evidencia; que por él solo se esplican todos los misterios del

cristianismo, y que el combatirlo es una insensatez, una locura inspirada por el espíritu de tinieblas. Gasendo combatió á este filósofo en una obra, que mereció una aceptación extraordinaria.

Si escéntrico y visionario fué el místico Fludd, aun lo fué mas su contemporáneo Jacobo Boehme (1575), conocido por el filósofo Teutónico, natural de Gorlitz, en la alta Lusacia, quien sumamente pobre y sin estudios preliminares, desenvolvió todo un sistema filosófico, debido á inspiraciones de la gracia divina, que recibió en tres visiones y ocasiones distintas, arrebatado por el éxtasis, y por cuyo medio el cielo, como un favor especialísimo, le inspiró la ciencia universal. En Boehme no hay que esperar, ni orden de ideas, ni crítica, ni buen sentido, y en su lugar, con un carácter místico, aparece un panteísmo descarado, cubierto con el velo de la religion.

Boehme, lo mismo que Fludd, sienta ser Dios principio, sustancia y fin de todas las cosas; que creando al mundo no ha hecho mas que engendrarse á sí mismo, salir del eterno reposo y dar suelta á su actividad y á su inteligencia infinitas. Dios es un misterio impenetrable, ni es bueno ni malo, ni tiene voluntad, ni deseo, ni alegría, ni dolor, ni amor, ni aborrecimiento. Este Dios, este abismo sin principio ni fin, donde reina el silencio y una noche eterna, es el Padre. La luz que sale de aqui, que es la eterna sabiduría, es el Hijo. La expansion y manifestacion continua de esta luz es el Espíritu Santo. Hé aquí á Dios, considerado en sí mismo, segun este filósofo.

Considerado en la naturaleza, es preciso tener presente, que hay dos naturalezas que no deben confundirse, por mas que tengan un mismo origen. La una es eterna, invisible, directamente emanada de Dios, formada por la reunion de las esencias, que dan origen á la diversidad de los séres. Esta naturaleza es un intermedio entre Dios y la creacion. La segunda es la naturaleza visible y creada. Las esencias de la naturaleza eterna son siete, y al pasar á la naturaleza visible y creada, las esencias se con-

vierten en existencias, y las ideas en fenómenos. Para Boehme la naturaleza es el cuerpo de Dios, que ha sacado de sí mismo, porque la creacion entera no es otra cosa que su propia sustancia antes de revestir ninguna forma, y si la creacion entera es su propia sustancia, Dios es tambien principio del mal, del infierno y del demonio, y así lo reconoce este filósofo. ¿Se quiere un panteísmo mas claro? ¿No se ve aquí un precursor de Spinoza?

Errante por la Europa, sin domicilio fijo, y siguiendo en punto á doctrina las huellas de su padre, se presentó por aquel tiempo, como místico y como panteísta, Francisco Mercurio Van-Helmont (1618), natural de Bruselas. Para él la creacion no es mas que una emanacion, y los séres son una misma sustancia, y solo difieren en los modos. El alma es la luz, y los cuerpos son las tinieblas; pero lo que es luz en cierto grado se hace tinieblas en otro inferior. La vida de la naturaleza consiste en un encadenamiento de trasformaciones de la única sustancia; y la vida del alma no puede esplicarse sino por la metempsícosis. Un alma degradada por pasiones brutales, segun este filósofo, se fabrica un cuerpo de bestia, así como si ha vivido santamente, se fabrica un cuerpo angélico. Tampoco faltaron sus éxtasis y sus visiones á este filósofo.

No desmintió las doctrinas de su maestro Boehme Angelo Silesio (1624), natural de Breslau, quien en sus cánticos y poesías, descubrió sus opiniones panteístas, tomando por fundamento el amor, y siendo el precursor de Fichte. Creia que Dios, cuya esencia es todo amor, no podia amar nada que estuviese por bajo de sí mismo, y que el amor de Dios á si mismo no podia manifestarse, si no se hacia hombre. Para Silesio, Dios y el hombre son un mismo ser, y se confunden en el mismo amor, y cuyo amor infinito se desenvuelve y eleva eternamente como el hombre, sin el cual no existiria. Los siguientes dísticos de Silesio acreditan bien el fondo de su doctrina.

«Nada existe mas que Dios y yo, y si ni el uno ni el otro

existiéramos, Dios no sería Dios, y el cielo se vendría abajo.

»Yo soy tan grande como Dios, y Dios es tan pequeño como yo; ni uno ni otro podemos estar ni por cima ni por bajo el uno del otro.

»Dios es para mí Dios y el hombre, yo soy para él el hombre y Dios; yo apago su sed, y él viene en mi socorro en caso necesario.

»;Oh banquete lleno de delicias donde Dios mismo es el vino, los manjares, la mesa, la música y el servidor!»

Con grande aceptación derramó en Inglaterra las doctrinas de Boehme Juan Pordage (1625), maestro de la famosa Juana Leade, fundadora de la sociedad mística de los filadelfos en su *Teología mística*, siendo considerado por los adeptos como uno de los que más penetraron las doctrinas ocultas y los sentimientos de Boehme, y por cuya razón mereció ser esta obra traducida á muchas lenguas, y tener por comentador al conde de Metternich, discípulo de madama Guyon.

Fué tan decidido y pronunciado este carácter entre místico y panteísta, que presentó la filosofía en los siglos XV y XVI, que apenas hubo filósofo en aquella época, fuera de los pocos empíricos, que no se resintiera de estas tendencias en más ó menos grado, con más ó menos respeto á las creencias recibidas, y así se ve, que al lado de los filósofos, en los que se presenta el panteísmo místico sin disfraz, hubo otros, que empapados también en las doctrinas neo-platónicas, fueron místicos sin ser panteístas, porque si su lógica los llevaba al panteísmo, sentimientos de otro orden les hizo conocer la cima abierta á sus pies, y quedaron, por decirlo así, á medio camino, siendo de esta clase el piadoso Gerson, Justiniani, Comenio, Enrique Moro y otros.

Tan poderoso es el pensamiento filosófico que domina en cada siglo, que la nación española sufrió este yugo, como no podía menos, en aquella misma época, siendo este efecto tanto más necesario entre nosotros, cuanto que fuimos los que, en competencia

con la Italia, renovamos los conocimientos útiles en la Europa del renacimiento.

Antes de esta época ya habíamos tenido en el siglo XIII un precursor de esas mismas tendencias neo-platónicas, del misticismo alejandrino en la persona de Raimundo Lulio, natural de Mallorca, que llegó á crear escuela y hacer ruido en el mundo filosófico. En su obra principal, que tituló *Ars mayor*, pone la ciencia al alcance de todas las inteligencias por medio de una clave ingeniosa, que era muy adaptable al espíritu escolástico que reinaba entonces, y al espíritu neo-platónico que reinó despues en el renacimiento, pero que cayó en descrédito, luego que la observacion y la esperiencia vinieron á sustituir á las sutilezas de la escuela. Raimundo Lulio, que fué el prodigio de su siglo, si bien en sus indagaciones filosóficas no traspasó la línea de una verdadera ortodoxia, fué un innovador que abrió la puerta á sus sucesores para lanzarse por el inmenso campo de las abstracciones místicas y panteistas, facilitando por su parte esta tendencia con su *Ars cabalística*, creando asi inclinaciones á la cábala y á los sueños pitagóricos, hebraicos y demas delirios de la escuela neo-platónica. Lulio tuvo por comentadores de sus doctrinas en nuestro país á Cepeda, Nuñez Delgadillo, Marzal, Arce de Herrera, Riera, Guevara y Sanchez de Lizarazu, y entre el infinito número de adeptos que tuvo, lo fueron principalmente Raimundo Sebonde, Policiano, Cornelio Agrippa, Jordan Bruno, Kirker y hasta el mismo Leibnitz.

Con estos preliminares llega el renacimiento, y como nuestras relaciones eran tan estensas, y nuestros sábios ocupaban las principales cátedras en todas las universidades de Europa, naturalmente se vieron impregnadas del espíritu neo-platónico ó alejandrino, en cuyo fondo se halla un panteismo místico, que constituye su esencia. Esta es la causa, por que el siglo XVI fué nuestro, hablando filosóficamente, y por que siendo nuestro, contamos por centenares los autores misticos en aquella época, y por

mas que en sus intenciones no estuviera separarse de la verdadera ortodoxia, con dificultad se encuentra uno, que en el furor de su misticismo no descubra alguna tendencia panteista. Que se lean todas las obras de Estella, de Alfonso Rodriguez, de Puente, de Avila, de Granada, de Marquez y de todos los autores de aquel siglo, y no hay uno entre todos ellos que no conociera la cábala, que no supiera las doctrinas de Hermes Trimegisto, que no hubiera leído las Eneadas de Plotin. Nuestra heroína Santa Teresa, dotada indudablemente de raro ingenio, que era el jefe de toda esta falange mística, reprendia á su amigo y compañero de reformas San Juan de la Cruz, por ser flojo en sus arrobos y creencias místicas, y eso que San Juan de la Cruz decia á los fieles; «distingo en mi alma las almas de los que mas amo; me miro en Jesucristo y veo en él reflejadas todas las criaturas. Me ocultais faltas muy graves, ¿ignorais acaso, que vuestras almas forman partes de la mia? Vosotros y yo somos seres distintos en el mundo; en Dios, nuestro origen comun, somos un solo ser y vivimos de una misma vida.» Si este lenguaje, que hubiera leído con complacencia el filósofo de Amsterdam, le parecia flojo á Santa Teresa, ¿á qué altura llevaria sus ideas la Santa en la obra, que por mandato de su confesor tuvo necesidad de arrojar al fuego? Este misticismo semi-panteista en el siglo XVI, no solo fué el alma de todos nuestros escritores de aquel tiempo, cediendo todos al espíritu filosófico del renacimiento, sino que se le hizo á este refluir tambien en las instituciones, que tuvieron lugar dentro de la religion, sirviendo de ejemplo los fundadores San Ignacio de Loyola y Santa Teresa, ambos profundamente místicos.

El siglo XVI fué todo nuestro. Grandes teólogos, grandes capitanes, grandes políticos y grandes filósofos, porque siendo aquel siglo producto del renacimiento, tenia que ser siglo de erudicion y no de invencion, y era entre nosotros tan inmensa la erudicion, que ningun hombre de letras ignoraba las lenguas muertas y los sistemas griegos de filosofia, si bien con la tintura

que les dió la escuela alejandrina, siendo este el origen de ese misticismo que fué el carácter filosófico distintivo de aquel siglo, que tan de lleno influyó en los sábios de nuestro país á pesar del sombrío y terrible tribunal de la fé. Era tan de derecho comun entonces el conocimiento de la filosofía y de los sistemas filosóficos, que hasta las damas hacian alarde de su erudicion filosófica, y en una obra que publicó doña Oliva Sabuco de Nantes, natural de Alcaráz, titulada *Nueva filosofía de la naturaleza*, decia en su dedicatoria á Felipe II, «este libro faltaba en el mundo, asi como otros muchos sobran; faltó á Galeno, á Platon, á Hipócrates en sus tratados de *Natura humana*, y á Aristóteles en el suyo de *Anima* y de *Vita et morte*. Esta mi filosofía es la mas necesaria y la mejor y de mas fruto para el hombre, que dejaron intacta los grandes filósofos antiguos.»

Y qué, ¿no tendremos sin salir de nuestro país un modelo para presentar el panteismo místico, cuando en todos conceptos podemos reivindicar como nuestro, exclusivamente nuestro, el siglo XVI? Si, le tenemos, y este modelo es Miguel Servet. Este español notable que yace en el olvido, que ni aun mereció que don Nicolás Antonio le incluyera en su Diccionario, atestado por otra parte de nulidades, publicó una obra en el siglo XVI, que si bien conmovió todas las creencias religiosas reinantes, creó un completo sistema filosófico fundado en las doctrinas neo-platónicas, en el que resalta el panteismo místico; obra que fué para este desgraciado una sima, en que se hundió, muriendo en una hoguera en la plaza pública de Ginebra, por instigacion de Calvino su enemigo mortal.
